

DOCTOR EBEN ALEXANDER  
y Ptolemy Tompkins

*La*  
GEOGRAFÍA  
*del*  
CIELO

*Impactantes testimonios sobre experiencias cercanas  
a la muerte, espiritualidad e investigación científica*

XIANA

## CAPÍTULO I

### EL REGALO DEL CONOCIMIENTO

Cada hombre nace como aristoteliano o platonista<sup>3</sup>.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE (1772-1834), POETA

Platón y Aristóteles son los dos padres del mundo occidental. Platón (aproximadamente 428- aproximadamente 348, antes de la era actual) es el padre de la religión y la filosofía, y Aristóteles (384-322 antes de la era actual) es el padre de la ciencia. Platón fue maestro de Aristóteles, pero Aristóteles acabó por estar en desacuerdo con mucho de lo que Platón decía. Específicamente, Aristóteles cuestionaba la aseveración de Platón de que existe un mundo espiritual más allá del terrenal: un mundo infinitamente más real, sobre el cual se basa todo lo que experimentamos en este mundo.

Platón hizo más que solo creer en ese mundo más grande. Se fue hacia adentro y pudo *sentir* que esta-

---

3 Charlas de sobremesa del fallecido Samuel Taylor Coleridge, registro del 2 de julio, 1830 (1835).

ba ahí dentro de él. Platón era un místico y, al igual que incontables místicos antes y después de él, se daba cuenta de que su conciencia, su ser interno, estaba íntimamente conectado con un mundo más grande del espíritu. Por usar una analogía moderna, estaba conectado con él. El jugo del cielo fluía hacia adentro de él.

Aristóteles estaba construido de forma diferente. No sentía esa conexión directa con el mundo espiritual viviente como Platón. Para Aristóteles, el mundo de Platón de las formas —las estructuras transterrenales, superfísicas de las cuales Platón sentía que todos los objetos en nuestro mundo eran simples reflejos tenues— era una fantasía. ¿Dónde estaba la evidencia de estas entidades mágicas y del mundo espiritual al cual Platón decía que pertenecían? Para Aristóteles, al igual que para Platón, el mundo era un lugar profundamente, maravillosamente inteligente. Pero la raíz de esa inteligencia y ese orden no residía en algún gran Más Allá. Estaba justo aquí, enfrente de nosotros.

Aunque estaban frecuentemente en desacuerdo, también había mucho en lo que Platón y Aristóteles concordaban. Uno de sus puntos más profundos de consenso era lo que uno podría llamar lo razonable del mundo: el hecho de que la vida puede ser entendida. Tras la palabra moderna *lógica* se encuentra la palabra griega *logos*, un término que hoy conocemos en gran medida por medio del cristianismo —otro término para el ser de Cristo, como lo manifestó la

Palabra de Dios—. En la época de Platón y Aristóteles, significaba la inteligencia viviente al actuar en el mundo físico y en la mente humana. Fue el *logos* lo que permitió que los humanos entendieran el orden del mundo, dado que —como lo creían tanto Platón como Aristóteles— podemos entender el mundo porque somos un pedazo de él. La geometría, los números, la lógica, la retórica, la medicina, todas estas disciplinas y las otras que Platón y Aristóteles ayudaron a desarrollar son posibles porque los seres humanos están contruidos para comprender el mundo en que viven.

Lo que llamamos aprendizaje solo  
es un proceso de remembranza.

PLATÓN

Aristóteles fue el primer gran creador de un mapa del orden terrenal. Sus escritos políticos celebran la idea de que los seres humanos no necesitan inspiración transterrenal para descubrir la mejor manera de vivir y gobernar. Lo podemos hacer por nosotros mismos. Las respuestas ante las grandes preguntas, y también ante las más pequeñas, están sobre la Tierra, a la espera de ser descubiertas.

Platón opinaba algo diferente. Entre sus otras distinciones, Platón es el padre de la narrativa occidental de experiencias cercanas a la muerte. En *La*

*república*, Platón cuenta la historia de un soldado armenio llamado Er. Herido en la batalla y erróneamente considerado muerto, Er fue colocado sobre una pira funeraria. Revivido justo antes de que se encendieran las llamas, contó la historia de irse a un ámbito más allá de la Tierra, un lugar hermoso donde las almas eran juzgadas por lo bueno y lo malo que hubieran hecho mientras estuvieron aquí.

Era una historia que a Platón le parecía profundamente significativa. Creía que venimos a Tierra desde este lugar de arriba, el lugar que Er visitó durante su experiencia cercana a la muerte, y que si buscamos muy dentro de nosotros, podemos recuperar recuerdos de nuestra existencia ahí. Estos recuerdos, si creemos en ellos y nos basamos en ellos, pueden crear una orientación sólida. Nos pueden mantener anclados, mientras estemos aquí en la Tierra, a la tierra celestial de arriba desde la cual provenimos. Por usar una maravillosa palabra griega, necesitamos realizar un acto de *anamnesis*, una palabra que se traduce como «remembranza». La clave para entender este mundo y vivir bien mientras estemos aquí en la Tierra es recordar el lugar de arriba y más allá, del cual realmente vinimos.

Platón vivió en una época en la que se pensaba que la Tierra era un disco plano con Grecia como su centro, y que los cielos giraban a su alrededor de manera ordenada. Hoy vivimos en un universo con una amplitud de 93 000 millones de años luz, 13,7 mil millones de años de antigüedad, en un planeta

que gira en torno a una estrella «G2» promedio que mide unas 875 000 millas de ancho, en una galaxia espiral restringida que contiene unas 300 000 millones de estrellas más; un planeta que tiene unos 4,54 mil millones de años de antigüedad, sobre el cual la vida apareció hace 3,8 mil millones de años y al cual las primeras criaturas aproximadamente homínidas llegaron hace alrededor de un millón de años.

Sabemos mucho, mucho más acerca del universo que Platón o Aristóteles. Sin embargo, desde otra perspectiva, sabemos mucho menos.

Una de las historias más famosas sobre Platón tiene que ver con un grupo de personas en una cueva oscura. Las personas están encadenadas de manera tal que solo pueden ver la pared que tienen enfrente. Hay fuego detrás de ellas, y pueden ver sombras que se mueven en la pared: sombras proyectadas por la luz del fuego sobre formas que sus captores, quienes están parados detrás de ellos, levantan y mueven.

Estas sombras parpadeantes constituyen el mundo entero de este pueblo. Incluso si estas personas fueran desencadenadas y se les permitiera salir hacia la verdadera luz del día, la luz los cegaría de modo tal, da a entender Platón, que no sabrían cómo interpretar lo que vieron.

Es bastante claro de quién está hablando Platón en realidad con esta historia compleja pero sorprendente. De nosotros.

Cualquiera que haya leído a Platón o Aristóteles sabe que sus argumentos distan mucho de ser sencii-

llos y dividirlos a la mitad en esta forma es injusto para su sutileza y complejidad. Pero a la vez la distinción entre estos dos filósofos es muy real y ha tenido un efecto profundo sobre nosotros. Sus ideas tienen un efecto directo sobre cómo experimentamos usted y yo el mundo cada día. Platón y Aristóteles nos han convertido en quienes somos. Si usted vive en el mundo moderno, absorbió sus lecciones mucho antes de tener edad suficiente para darse cuenta de que lo estaba haciendo. El hecho es que todos somos metafísicos. Hasta la persona que tenga los pies más puestos en la tierra y sea la menos metafísica del mundo tiene un conjunto amplio de suposiciones metafísicas respecto al mundo que actúan a cada segundo. Nuestra elección no estriba en interesarnos o no por las preguntas filosóficas, sino en cobrar conciencia o no del hecho de que, como seres humanos, no podemos evitar estarlo.

Para entender el mundo del que provenían Platón y Aristóteles —y, por lo tanto, el mundo en el que vivimos hoy— necesitamos saber un poco acerca de las religiones del misterio, que desempeñaron un enorme papel en el antiguo Mediterráneo durante mil años antes de que aparecieran Platón, Aristóteles y los otros creadores del pensamiento moderno. Platón era un iniciado en al menos una de estas religiones, y lo que aprendió en ellas repercutió en todo lo que escribió. La membresía de Aristóteles es más dudosa, pero también estuvo profundamente influi-

do por ellas, como lo demuestran muchos de sus escritos, especialmente en aquellos sobre drama.

Hay mucha discusión sobre cuánto o qué tan poco repercutieron en las actitudes de Jesús y de los primeros cristianos las religiones del misterio. El rito del bautismo se comparte con los misterios, al igual que el concepto de un dios (o diosa) que muere y vuelve a la vida, y al hacerlo redime el mundo. Los misterios, al igual que el cristianismo, pusieron gran énfasis en la iniciación: la transformación de sus miembros como seres de la tierra en seres de la tierra y del cielo estrellado.

Estos tipos de ritos existieron en todos lados en el pasado, no solo en Grecia. Fueron parte central de lo que significaba ser humano. Lo más frecuente era que ocurrieran alrededor de la adolescencia, cuando un joven o una joven alcanzaba la madurez física, y después, cuando un individuo se adentraba en la profesión o el gremio que luego ocuparía y definiría buena parte su vida a partir de ese momento. Todos ellos tenían una meta principal: volver a despertar nuestra memoria espiritual de quiénes y qué somos, de dónde venimos y para dónde vamos.

En las religiones del misterio, como en la mayoría de las iniciaciones antiguas, la persona que estaba siendo iniciada fallecía como la persona terrenal que él o ella hubiera sido, y renacía como una persona nueva y espiritual. No en un sentido vago y teórico, sino de verdad. El concepto central de los misterios,

como en el caso de la mayoría de las prácticas de iniciación antiguas, era que los humanos tenemos una herencia doble: una terrenal y una celestial. Conocer solo nuestra herencia terrenal es conocer solo la mitad de nosotros. Las iniciaciones del misterio permitían que la gente recuperara conocimiento directo de lo que podríamos llamar su linaje «celestial». En cierto sentido, el iniciado o la iniciada realmente no se convertía en algo nuevo, sino que le recordaban, de manera poderosa e inmediata, quién o qué era lo que había sido antes de venir a la Tierra, qué era lo que realmente había sido desde siempre.

Los misterios eleusinos, llamados así en honor de la ciudad griega de Eleusis donde se llevaban a cabo, fueron los más renombrados de esos ritos. Estaban basados en el mito de Perséfone, una chica que había sido secuestrada por Hades, el dios del inframundo, quien la había llevado abajo hacia su reino. La madre de Perséfone, Demeter, tenía el corazón tan roto por haberla perdido que finalmente hizo un trato con Hades para que Perséfone pasara la mitad del año en el inframundo y la otra mitad del año sobre la superficie de la tierra. Esta mitad que Perséfone pasaba abajo, en el inframundo, era el invierno. Por consecuencia, la vida en los ríos y los campos se iba junto con ella en el otoño y luego regresaba en primavera, al surgir explosivamente en forma de una nueva vida de plantas y animales.

Perséfone se relaciona con una diosa mucho más antigua llamada Inanna, venerada por los sumerios,

un pueblo que vivió varios miles de años antes que los griegos, en la Media Luna Fértil, el área donde luego surgirían los israelíes. Inanna era la Reina del Cielo y el mito central que los sumerios contaban respecto a ella tenía que ver con su descenso a la tierra de los muertos. El mito nos cuenta que en su camino hacia abajo pasó por siete niveles del inframundo, y que se retiró una prenda o adorno en cada nivel hasta que quedó parada, desnuda, ante el Señor de la Muerte—quien además resultó ser su hermana. Inanna fue asesinada y colgada contra la pared con un gancho. Pero, de manera muy similar a Perséfone, revivió y regresó a la tierra. Su triunfo, sin embargo, no fue completo, porque los sumerios veían a la muerte no sólo como un enemigo, sino como un enemigo esencialmente imposible de conquistar.

Aunque se crearon parcialmente en torno a estos mitos antiguos, los misterios cuentan una historia con un final distinto. De manera bastante difícil de creer, dado que duraron más de mil años, todavía no sabemos exactamente qué pasó en los misterios. Sí sabemos que podían ser intensamente dramáticos y que a veces culminaban cuando al iniciado se le mostraba un objeto: a veces algo tan mundano como una hoja de trigo. El iniciado recibía preparación para este momento por medio de un preámbulo dramático, lento y constante que podría incluir música rítmica, baile y, durante las últimas secciones del rito, ser trasladado con los ojos vendados hasta un

santuario interno donde se le revelaban los máximos secretos. Gracias a esta preparación cuidadosamente orquestada, esta visión climática no solo tenía un profundo significado simbólico para el iniciado, sino también un significado psíquico y emocional real. El iniciado o la iniciada veía el objeto simbólico que le era revelado como algo más que un simple objeto terrenal. Lo consideraba una verdadera ventana viviente hacia el mundo del más allá. Si una hoja de trigo era alzada ante el iniciado, por ejemplo, no era solo un símbolo del hecho de que las cosechas se mueren y regresan cada año, sino una demostración real de la verdad central de la cual se trataban todos los misterios: la muerte es seguida por el renacimiento. Al mirarla en su estado agudizado por la expectación, el iniciado o la iniciada la veían como un emblema deslumbrante que confirmaba el hecho de que él o ella ahora también había recibido la iniciación necesaria para adentrarse en la vida eterna. No nos morimos al momento de la muerte.

Se decía que una persona que hubiera sido iniciada en los misterios era como un recién nacido, por lo cual los iniciados con frecuencia eran descritos como «nacidos dos veces». Habían visto una realidad que era *más real* que la realidad en la tierra, y eso creaba en ellos una certeza inquebrantable de que la vida humana continuaba más allá de la muerte. Esta certeza era tan profunda que de ahí en adelante, sin importar qué alegría o tristeza le trajera la vida, había una parte del iniciado que simplemente *nunca* esta-

ba triste. No podía estarlo, porque el iniciado había recuperado a través de experiencia directa el conocimiento de quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos. De ahí en adelante, el iniciado era un ciudadano doble: uno que incluso al estar todavía en este mundo ya tenía un pie en el glorioso más allá lleno de luz.

Quizá usted esté empezando a encontrar un indicio de la otra razón por la cual estoy trayendo esas antiguas ideas a este libro. Si usted leyó *La prueba del cielo*, probablemente ya notó algunos ecos conocidos de mi historia en esos mitos previamente mencionados. ¿Por qué las similitudes? ¿Qué significan? Creo que estamos anhelando las verdades que los misterios y otras tradiciones de iniciación le enseñaron a la gente en el mundo antiguo y que el cristianismo, quizá más especialmente en sus inicios, también enseñó (un hecho que creo que tanto los cristianos como los no cristianos pueden valorar, porque estas verdades trascienden todos los dogmas y las diferencias que tanto dividen al mundo en la actualidad). Creo que el cielo nos hace humanos, que sin el conocimiento de que ahí es de dónde venimos y a dónde vamos —que es nuestro verdadero país— la vida no tiene sentido. Y creo que las experiencias que tantas personas han compartido conmigo son recordatorios de que necesitamos conocer esas verdades exactamente en la misma medida hoy que en el pasado.

Estimado doctor Alexander:

... La cosa específica que me perturba es su "Período de lombriz de tierra" que me parece aterrador. No puedo dejar de preguntarme por qué usted experimentó esto y si ha encontrado a otros que también lo hayan hecho. No estoy logrando integrar eso a mi «visión del mundo». Espero que usted lo aborde en una publicación futura.

He decidido capacitarme para trabajar como voluntario en un hospicio para, además de quizá proporcionar un poco de consuelo a personas que se estén muriendo, poder aprender más acerca de lo que podríamos llamar ese horizonte de sucesos.

Muerte: Es la aventura más grande. Es sorprendente que en la civilización occidental la neguemos al grado en que lo hacemos. Quizá eso podría explicar en buena medida nuestra disfunción como sociedad.

Los griegos antiguos amaban la vida. La *Ilíada* y la *Odisea* al mismo tiempo vibran con las alegrías y los dolores de la existencia física. Pero los griegos de la época de Homero, unos 500 años antes de Platón y Aristóteles, no creían en el cielo. Cuando pensaban en la vida después de la vida, pensaban en un mundo espectral de fantasmas: un lugar mucho peor y mucho menor que este mundo. Es mejor ser un esclavo en este mundo, dice el personaje de Aquiles en la *Odisea* de Homero, que un rey en el más allá.

Muchos pueblos antiguos pensaron de esta forma en la vida después de la vida, y parece que ritos como los misterios evolucionaron como respuesta

ante este temor humano universal de que el más allá fuera triste y nebuloso. La muerte siempre ha sido aterradorante, y los pueblos antiguos sabían esto incluso mejor que la mayoría de nosotros hoy en día, ya que cada día veían la muerte de cerca. Las tradiciones de los misterios son un buen ejemplo de la manera en que muchos pueblos alrededor del mundo han enfrentado la muerte. Era posible temerle a la muerte en ese entonces. Uno podía clamar contra ella o aceptarla jubilosamente. Pero simplemente no podía ser ignorada.

«Feliz es quien ha visto esto», dice un texto de los misterios respecto al iniciado que ha visto a través de los terrores de la muerte para mirar las maravillas que aguardan más allá. «Quien no haya participado en la iniciación no correrá la misma suerte tras la muerte en la sombría oscuridad»<sup>4</sup>. Ese ámbito gris y triste tiene más que solo un poco de similitud con donde empecé mi travesía: con ese «lugar» elemental, como de lodo, que llamo el «Ámbito del punto de vista de una lombriz de tierra» en *La prueba del cielo*. No siempre es fácil navegar por los muchos ámbitos que existen más allá del cuerpo. El «Ámbito del punto de vista de una lombriz de tierra», como yo lo experimenté, no era un lugar de miedo o castigo: no era un lugar al que «lo mandaban» por no portarse adecuadamente. Pero ahora he descubierto que

---

4 De los «Himnos homéricos»: <http://www.sacred-texts.com/cla/gpr/gpr07.htm>

guarda gran semejanza con las zonas con luz tenue, pantanosas y más bajas de la vida después de la vida como la describieron muchas sociedades antiguas.

El reino del alma es como un océano. Es vasto. Cuando el cuerpo físico y el cerebro —que actúan como amortiguadores en este mundo cuando estamos vivos— se retiran, corremos el riesgo de caer en los ámbitos más bajos del mundo espiritual: ámbitos que corresponden directamente a las porciones más bajas de nuestra psique y que, como tal, son extremadamente turbias. Creo que esto es de lo que hablaban los antiguos cuando sacaban a colación los ámbitos de la vida después de la vida que eran tristes, oscuros y miserables. Y esta es la razón por la cual la iniciación era tan importante, tanto en Grecia como en tantas otras culturas antiguas. Por medio de iniciaciones, a la gente se le recordaban, a través de la experiencia, sus verdaderas identidades como seres cósmicos cuya estructura interna reflejaba directamente la estructura de los mundos espirituales que le aguardaban cuando muriera. La idea de que el alma humana estaba modelada con base en los mundos espirituales significaba que al seguir el mandato griego antiguo de «conócete a ti mismo», uno también aprendía a conocer el cosmos que nos permitió nacer. Las iniciaciones con frecuencia tenían partes aterradoras porque el mundo espiritual tiene sus áreas oscuras, al igual que la psique humana. Pero principalmente estos ritos parecen haber sido profundamente reafirmantes. Los inicia-

dos sabían que los ritos que habían experimentado los habían preparado tanto para soportar las cargas de la vida terrenal como para hallar su camino de regreso a casa en las regiones más elevadas del mundo cuando volvieran a entrar a él cuando murieran. Esas eran las *realidades* de esos pueblos antiguos. Lo que decían respecto de ellas se basaba, al menos parcialmente, en la experiencia, por lo que sus escritos sobre estos temas pueden ser emocionantes y, para algunas personas, aterrorizantes.

Pero no hay necesidad de temer. Una vez liberados del sistema de amortiguamiento que proporcionan nuestros cerebros físicos y cuerpos, llegaremos hasta donde pertenecemos. Incluso si no somos perfectos (y yo sé un poco al respecto, porque decididamente no lo soy) llegaremos hasta ese ámbito de luz y amor y aceptación. No tiene que ver con ser un santo ni con ser perfectos (lo cual, a un profundo nivel espiritual, ya somos). Pero *sí* tiene que ver, creo, con estar abiertos. Lo suficientemente abiertos como para permitir que nos arranquen de los ámbitos de la oscuridad en el más allá, que corresponden al mar de nuestras propias regiones más oscuras y débiles, y nos lleven hasta esas regiones de luz a las que todos tenemos capacidad de entrar si queremos.

Fui rescatado, creo, porque una vez fuera de mi cuerpo físico estuve lo suficientemente abierto como para estar listo para decir que sí a la Melodía Giratoria y a la luz que provenía de ella cuando bajó y abrió el portal hacia los ámbitos más elevados. Ofreció ser

mi guía, y no tardé mucho en decir sin palabras que sí a su invitación a seguirla hacia arriba hasta el mundo de la luz. Esta parte de mí reaccionó con alegría, alivio y reconocimiento cuando, con sus filamentos radiantes de oro, bajó para «recogerme». Pero hay personas que no están abiertas ante esa bondad, cuando viene por ellos. Cuando esa luz desciende, nada en ellos le dice que sí. Así que se quedan donde están —en la oscuridad— hasta que están listos para que los saquen de ahí. Saber esto por adelantado es invaluable. Es por ello que, para los antiguos, el conocimiento de la existencia de los mundos del más allá, y de cómo era su aspecto, era uno de los regalos más grandes del cielo.

